

# Noche de ronda

POR PABLO GALFRÉ

**H**ace dos semanas Stella Maris y su bebé vivían en un departamento detrás del Cementerio de la Chacarita. El dueño, un chico joven que también vivía ahí, les alquilaba la habitación de 2x2 pero con condiciones: prohibido usar el living y la cocina. Eso sí, antes del cinco de cada mes tenía que desembolsar 400 pesos. Hasta que un día este chico le dijo: "Stella, esto no va más. Necesito que te vayas". Y ella le rogó que le diera un mes para buscar otro lugar, que la cosa estaba difícil para una madre soltera y con poca plata. Pero el tiempo otorgado fue de tan solo una semana, un imposible para una inmigrante ilegal con sueldo de empleada doméstica que, por obvias razones, figura aquí con el nombre cambiado.

Stella Maris supo que tenía dos opciones: de patitas en la calle con su crío a gachas o llamar a lo que algunos en el ambiente llaman "la mafia peruana de las casas tomadas", una definición exagerada de malhechores que alquilan habitaciones en casas ocupadas ilegalmente.

El modus operandi es el siguiente: en días de lluvia, cuando hay menos policía en las calles, dan vueltas por Chacarita, Villa Crespo y barrios aledaños en búsqueda de casas que aparenten estar deshabitadas. Ponen un papelito en la puerta y si después de una semana sigue allí, significa que no está habitada. Ideal para forzarla, ocuparla y alquilar las habitaciones hasta que llegue la orden de desalojo, que puede ser en tres meses, seis o un año.

Stella Maris revolvió en su cartera desordenada, encontró la tarjeta que una compatriota le había dado y llamó por teléfono. Del otro lado, una voz con su misma tonada andina le explicó cómo era el sistema: primero, un solo pago de 1.300 pesos por la habitación; segundo, 500 pesos por un contrato de alquiler simbólico; por último, 200 pesos por mes para que un abogado frenara la orden de desalojo hasta cuando fuera posible. Al hombre que le ofreció el trato lo llaman El Argentino.

Stella aceptó y se mudó a una habitación muy grande de un caserón inmenso ubicado en Villa Crespo. El problema para ella y las otras diez familias que se mudaron fue que la orden de desalojo llegó a la semana siguiente de ocupar la casa. Hicieron un par de averiguaciones y se enteraron de que en Barracas el clan que les alquiló tenía una casa tomada pero deshabitada. El planteo fue: o les dejaban ocupar la nueva casa por el dinero que ya habían pagado o hacían la denuncia ante la policía.

Hoy, diez de la noche, Stella Maris y treinta personas más —esposas y maridos, niños y adolescentes, madres solteras y bebés, todos inmigrantes sin papeles, todos trabajadores— están organizando los últimos detalles para empezar la

mudanza. Pero este tipo de mudanzas no son con canastos de mimbre y peones fornidos, sino que cada uno guarda sus pertenencias en cajas de verdulería, valijas, mochilas y bolsas de consorcio. El living de este caserón grande y antiguo, estilo art nouveau, con vitreaux que separan los ambientes espaciosos, con techos y paredes recién pintados que llegan a los seis metros de altura, está plagado de heladeras oxidadas, cunas maltrechas, armarios desarmados, muchísimas bolsas de residuos y gente que corre de aquí para allá. Alguien grita: "¡Rápido con la mudanza, antes de que llegue la policía. Que no nos pase lo de la otra vez!"

"¿Qué pasó la otra vez?", pregunta este cronista, que se hace pasar por el hijo de la patrona de la casa donde Stella Maris limpia por horas.

"La mayoría de ellos vive así desde hace años. Se van mudando de una casa ocupada a otra hasta que llega la orden de desalojo. Así sucesivamente. Y la última vez llegó la poli y hubo que coimearlos —explica Stella mientras guarda unos ositos de peluche de su hijo en una bolsa en la cual no entra nada más—. Es que no nos queda otra. Las pensiones nos rechazan por inmigrantes, alquilar un departamento legalmente es imposible sin una garantía y no llegamos ni a pagar el mes de depósito. Yo con mi bebé (hoy se lo dejó a una amiga) a una villa no quiero ir."

Su habitación ya está vacía. Donde antes había una cama marinera junto a un armario, un televisor y un pequeño grabador, una estufita y una mesita con una hornalla, ahora no hay nada más que una lamparita que pende del techo.

Mientras trasladamos las cosas de su habitación al living, Stella comenta que, si bien saben que son timados por los abre-casas, les conviene este sistema, porque pagando entre 1.000 y 2.500 pesos, según el tamaño de la habitación, pueden llegar a vivir ahí por un año o más, hasta que

llegue el desalojo. "Hay quienes llevan viviendo así hasta cinco años. Pero yo no quiero más esta vida, sin un lugar fijo donde vivir con mi bebé. Me da mucha rabia", dice y se está por largar a llorar pero un "¡Stella, Sofía, llegó vuestro flete! Rápido con las cosas", detiene las lágrimas y enciende su pequeño motor interior.

Stella Maris debe tener un parentesco con las hormigas. Asombrosamente carga sobre su lomo dos grandes bolsos y acarrea a su vez dos bolsas de residuos, una en cada mano. Debe estar llevando 70 kilos, y eso que ella no pesa más que 45. Me agacho para ayudarla y me dice al oído: "Hacete el pelotudo que ese que está ahí es el Beto, uno de los aguantes de El Argentino, y si se entera de que sos periodista te caga a patadas".

Una vez que todas sus pertenencias están en la calle, Stella le pregunta al fletero si cree que entrarán todas sus cosas y las de su compañera, Sofía, si no es mucho para un solo viaje.

**Revista C acompañó la odisea de un grupo de inmigrantes que alquila piezas en casas ocupadas ilegalmente. Una fallida mudanza nocturna y una pelea entre bandas que los dejó sin techo.**



El fletero mira las cosas, pensativo, y luego el flete. Mira las cosas de nuevo, esta vez decidido, y dice: "Pues tendrán que entrar, ¿no?". Como si fuera un ajedrecista de las mudanzas empieza a acomodar cada una de las piezas con suma precisión: un bolso acá, la cama allá, la cómoda desarmada entra si empujamos, se escucha que algo se rompe y todo ha encajado.

Arrancamos y durante el viaje de Villa Crespo a Barracas Stella explica lo que es un aguante: son los gorilas que se quedan, precisamente, aguantando dentro de las casas ocupadas hasta que lleguen los nuevos inquilinos. "Por el reparto de las habitaciones, va a haber muchas peleas, porque esta casa es la mitad de chica que la otra. Vas a ver que van a llegar y empiezan a tirar las cosas en las habitaciones para ver quién elige primero. Todo termina roto. En cada mudanza algo perdemos."

La puerta de la casa tomada –típica casa chorizo del sur de la ciudad, con una puerta alta y de madera de dos hojas, las paredes derruidas con pintadas que dicen, por ejemplo, "yuta puta"–, está custodiada por otro aguante. Es retacón y luce una musculosa de básquet y los brazos cruzados sobre su pecho fornido. Enganchada a él, una adolescente provocativa con un top blanco y traslúcido advierte, una vez más: "¡Rápido, antes de que venga la policía!".

Obedientes, quien escribe y cinco personas más, formamos un pasamanos desde la culata del flete hasta la puerta de la casa: un valija, una bolsa de residuos, el televisor... Una caja con platos se desfonda y cae al piso casi al mismo tiempo que se escuchan gritos de mujeres nerviosas –"¡No nos peguen!"– y exclamaciones de hombres rudos y violentos –"¿Qué están

haciendo acá?!"–; dos de ellos entran a los empujones mientras ajustician al urso de la puerta, que ya no le da el piné para aguantar a nadie.

La puerta se cierra de golpe, el fletero se va, cinco de los que se estaban mudando desaparecen a la vuelta de la esquina y yo me quedo solo en esta calle oscura del sur de Buenos Aires. Muchas de las pertenencias de Stella Maris quedaron desparramadas por el piso. Cuando estoy por levantar la bolsa con los ositos de peluche me llama al celular y me dice que raje de ahí antes de que salga alguno de los aguantes y me pregunte quién soy. Y yo, obediente una vez más, rajo de ahí.

Al día siguiente Stella explica lo que pasó: resulta que la banda de El Argentino y sus secuaces se habían metido en territorio enemigo. Las casas tomadas de Barracas y gran parte de la zona sur eran manejadas exclusivamente por un personaje conocido como Roster. Éste, ante la intromisión, mandó a sus aguantes a que rajaran a patadas a la banda rival y a quienes querían vivir en su casa ocupada, que ya tenía otros inquilinos esperándola.

"Eran como siete, dos mujeres y cinco hombres. Cuando uno de ellos le puso un arma en la cabeza a uno de los aguantes pensé que nos iban a matar a todos y me puse a llorar", cuenta Stella y agrega que finalmente todo se tranquilizó, que la bronca la tenían con El Argentino y no con ellos que finalmente eran unos perejiles que habían sido estafados.

Esa noche todos durmieron ahí como pudieron, con las cosas tiradas pero no sin antes comer un rico pollo frito con Inka Cola, invitación de los aguantes de Roster. Eso sí: a la mañana siguiente estaban todos en la calle con sus bártulos a cuestas buscando otro lugar dónde vivir. ♦